LAS NUBES

(CUENTO)

La pareja avanzaba por la carretera. Iban lentos, despacio, uno a cada lado de la pista, con el mosquetón a la espalda, con un pañuelo metido en el tricornio, que les caía por la nuca, que los protegía del sol, que parecía un fantasma emanado de sus cerebros.

Caminaban por la carretera como dos hombres perdidos, despacio, muy despacio, como dos hombres a los que se les ha acabado la esperanza, la cuerda de vivir. Y hacía un sol tremendo, que reverberaba sobre el asfalto y caía sobre los dos civiles como una maldición.

Caminaban carretera adelante, sin tener nada que hacer, sin que les saliese un mal contrabandista o un desertor o un homicida a quien perseguir y pegar tiros y entretenerse un poco.

De pronto, el guardia que caminaba a la derecha levantó la vista. La fijó en el cielo y exclamó:

—Mira, tú. Se están formando nubes sobre el Alberche.

Y se quedó con los ojos fijos en el cielo, porque sus pies conocían ya el camino, porque sus pies intuían los asfaltos y le guiaban por las carreteras, como los lazarillos a los ciegos, sin necesidad de que él se fijase en nada.

Se formaban unos nubarrones negros, tremendos, allá, por el Alberche, por las estribaciones de la sierra. El civil las contempló largo rato. Sentía el ardor resbalándole por la espalda, sentía el sol en mitad de la espalda, sentía el sol resbalándole en el charol del tricornio, abrasándole el cráneo.

—¡Eh, tú! Nubes.

El otro no contestó. Al otro le dolían los pies en las marchas. Le

comenzaban a doler, incluso, antes de las marchas, cuando el primera o el sargento le decían: "Mañana sales para tal sitio."

Pero al de la derecha le gustaba hablar y le gustaba, sobre todo, hablar solo, establecer hechos, sentar conceptos, solo. Por eso repitió varias veces:

—Nubes sobre el Alberche; sobre el Alberche, nubes.

Y sonrió. Y volvió a quedarse con la mirada fija en el cielo, escarbando el vientre del cielo con los ojos, en busca de esperanza.

—Nubes sobre el Alberche. ¿Oyes, tú? Lloverá.

Al otro no le importaba que siguiese el calor. "Iréis por la principal hasta tu pueblo. Estarás contento de ir a tu pueblo, ¿no?". Por la principal al pueblo, bajo el sol de verano, con los pies destrozados, con los pies que se despellejaban con el calor; con aquellos pies que, cuando se sacaba uno los calcetines, se llevaba la piel de los dedos hecha jirones.

(Aquello era viajar sin esperanza. Aquello era peor que viajar sin esperanza. Aquello era la vida. La vida era eso: viajar, quemarse al sol, sentir tristeza, cambiar la piel del cuerpo, quemada, hecha trocitos; quedarse con la piel del alma al rojo vivo, escociendo siempre, porque la piel del alma no se cambia. Se estropea y no cambia.)

—Nubes sobre el Alberche, nubes...

El civil seguía sentando el hecho, intentando convencerse de que, en efecto, había, sobre el Alberche, nubes.

Iban hacia los Saltos, por la carretera, hacia los Saltos, a verlos desde lo alto de la carretera, completamente secos, abriendo la boca bajo las nubes, en espera de agua—el lago seco, amarillento, sucio—.

Iban hacia allí y había nubes y había esperanza.

Soplaba viento Oeste. Las nubes parecían avanzar, llegar hasta ellos, lentamente, trayendo fe. Pero, mientras tanto, el sol caía más fuerte que nunca y reblandecía el asfalto de la carretera, y los civiles se llevaban en las botas la piel primera del camino y el polvo de los campos y el olor a alquitrán. Allá, a lo lejos, la nube se iba haciendo cada vez más grande. "Eres del pueblo. Estarás contento de hacer el servicio este."

(El pueblo. Tierras quemadas. La mujer que no comprende nada, que dice: "Hay que andar rápido", o la mujer que dice: "Dios, qué hombre...", y el calor y los hijos y aquellos pies, Dios mío...)

—Hay nubes sobre el Alberche.

El sol quemaba ahora como un pecado mortal. Se ponía duro y triste, como un pecado bien amarrado al alma. La nube le cerraba el horizonte y lo rebotaba sobre el resto del mundo, sobre los campos y la carretera, por los montes, sobre la espalda de los dos civiles.

—Nubes sobre el Alberche. Nubes, nubes, Dios mío, nubes...

Apretaban la marcha y los pies escocían. Al civil de la izquierda le

constaba que llevaba ya los dedos de los pies desollados. Y avanzaba, en busca de esperanza, de fe, de compañía, de agua fresca, de lluvia.

De pronto, el viento amainó y, después, desapareció por completo. Se hizo un silencio inmenso sobre el mundo y se oyeron los crujidos de los hombres bajo el peso de los mosquetones y el pam-pam del corazón y el quebrarse de la tierra quemada. Y avanzaban.

(El pueblo. Dolor de entrar en casa, tras larga ausencia. Los dos hijos crecidos, pareciéndose a su padre más y más cada día, andando como el padre, doloridos, con los pies chorreando. Carne de Benemérita, ya tan jóvenes.)

—Nubes sobre el Alberche. Se han parado.

Se habían parado, sí, las nubes. Los civiles seguían avanzando, dolorosamente, arrastrando los pies, con el sol resbalando sobre la superficie brillante de los tricornios, con los pañuelos flotando sobre sus nucas, como banderas blancas derrotadas, deshechas, sin esperanza de sobrevivir o de luchar de nuevo, sin ninguna esperanza.

Seguía caminando, cada vez más despacio, ahora, decreciendo la marcha. Por fin, se encontraron parados en seco, en mitad de la carretera; se encontraron allá, detenidos en seco, sentados cada uno en una cuneta de la carretera, contemplando la nube fijamente.

Había comenzado a soplar brisa Este y la nube se iba haciendo cada vez más lejana, pequeña, diminuta.

—Había nubes. Había nubes sobre el Alberche.

El sol caía a plomo y el mundo era una redoma imposible de amargura, de desilución y de tristeza.

